

PRECIOS

MADRID

Tres meses.. . . . . 9 rs.  
 Seis id. . . . . 16 »  
 Un año. . . . . 30 »

PROVINCIAS

Tres meses.. . . . . 10 rs.  
 Seis id. . . . . 18 »  
 Un año. . . . . 34 »

NÚMERO SUELTO, DOS CUARTOS.

DIRECCION,

Plaza de Matute, núm. 2.

PRECIOS

EXTRANJERO

Tres meses.. . . . . 22 rs.  
 Seis id. . . . . 38 »  
 Un año. . . . . 74 »

Francia.—Pueden hacerse las suscripciones enviando a esta Administracion el importe en sellos franceses del correo.

Se suscribe en la Habana: Propaganda literaria, calle de O'Reilly, núm. 54.

AMÉRICA

Seis meses.. . . . . 38 rs.  
 Un año. . . . . 70 »

FILIPINAS

Seis meses.. . . . . 60 rs.  
 Un año. . . . . 100 »

ADMINISTRACION,

Plaza de Matute, núm. 2.



COSAS DEL DIA

(En el cementerio.)

—Mire V., Doña Gertrudis, mire V., qué lápida tan maja.  
 —Se conoce que es de un pájaro gordo.  
 —A ver:—Aquí yace el Excmo. Sr. D. Felipe Comino...  
 —¡Calle V.! ¡Comino! ¡Comino!... ¡D. Felipe, ha dicho usted?...  
 —Sí, señora, ¡le ha conocido V.?...  
 —Ya lo creo; ese era de Sevilla, hijo de Comino, uno que tenía un baratillo...  
 —¡Jesus!  
 —Sí, señora; pues ese Comino, para que V. se entere, quiso ser novio mio, que entonces vivia yo en la calle de las Sierpes y estaba con mis padres que tenían... lo que yo no tengo; y mi padre no consintió, porque como nosotros éramos una familia de las principales de Sevilla, no habia yo de ir á casarme con un hijo de uno que tenía un baratillo... Pues, mire V., el hombre desesperado se vino á Madrid, y aquí hizo carrera, y fué diputado y ministro... y se casó con una más fea... que ahora tiene coche.

Ya ve V. cómo los padres están á veces tocando el violon, porque si yo me hubiera casado con él, ahora estaria ya viuda con viudedad, y no me veria como me veo, que siempre estoy á la cuarta pregunta.

—¿Su padre de V. era rico?...  
 —¿Rico?... Era poderoso, pero todo lo perdió en las minas para que V. se entere, y cuando murió no nos dejó más que unos papelotes que no nos han servido de nada. Y luego que fuí pobre ya no hubo otro Comino que se quisiera casar conmigo.

—Mamá, aqui está el nicho de la pobre Dolores.  
 —Es verdad, y no tiene una luz siquiera ni una corona.  
 —En la lápida dice:—«Le dedica este recuerdo su inconsolable esposo que no la olvidará nunca.»  
 —Sí, y á los diez meses de viudo se ha casado con una vieja, que puede ser su abuela.

—Qué profusion de luces hay delante de ese nicho.  
 —A ver quién es la víctima.—«Aquí espera la resurreccion de la carne el cadáver de D. Pedro Puñocerrado. Sus afligidos sobrinos le consagran esta memoria.»  
 —Mucho, muy afligidos; han sido los herederos de los

seis ú ocho millones que tenía; con que ya ves tú si estarán afligidos los pobrecitos.

—Y ¿quiénes son los sobrinos? ¿Los conoces tú?  
 —Sí, hombre, Juanito y Perico Pinpin.  
 —¿Esos dos truenos?...  
 —Sí; están gastando alegremente el dinero que el bueno de D. Pedro acumuló con la avaricia más repugnante que puedes imaginar. Era hombre que almorzaba medio huevo frito, y el otro medio lo guardaba para principio... Con que no te digo más.

—¡Hola! ¡Qué lacayos tan majos están cuidando de las hachas que lucen delante de ese panteon!  
 —¡Ah! sí, el panteon del marques del Cazo.  
 —¡Ah! sí, uno muy rico. Y su viuda ¿qué se ha hecho?  
 —¡Hombre! lo que se ha hecho es... Es la mujer de más historia que hay en Madrid. Al marques le mató á disgustos.  
 —Y ahora le pone tantas flores, cintas, luces, y ese par de lacayos que parecen de yeso por lo serios que están.  
 —¡Toma! para darle un disgusto más, porque si ve á su mujer desde el otro mundo, no podrá menos de indignarse de tan refinada hipocresía.

Villebelle fijó en ella sus ojos, y en aquel instante los diversos sentimientos que agitaban á la jóven la hacian todavia más seductora. Sus ojos estaban llenos de fuego, y su boca entreabierta dejaba ver dos hileras de perlas, mientras que sus hermosos cabellos, cayendo en desorden sobre su frente, daban nuevos atractivos á la angelical belleza de su rostro. El marques sintió que se desvanecian todos sus remordimientos á la vista de tantos encantos; ademas, como estaba acostumbrado á tratar la virtud de quimera y la constancia de locura, se propuso calmar el dolor de Blanca, y no queriendo prolongar su error, se arrojó á sus piés murmurando:  
 —Perdonadme, hermosa Blanca, este castillo me pertenece, y no estais en la casa de Urbano, sino en la de un hombre que os adora y que sólo desea haceros dichosa.  
 Blanca se quedó al principio sorprendida y sin comprender lo que decia el marques, al cual miró con cierto temor, al mismo tiempo que decia:  
 —Yo no estoy en casa de Urbano... Pues entonces, ¿en dónde está?...  
 —No lo sé, y no le aconsejaria que os viniere á buscar aquí.  
 —Pero, caballero, era con Urbano con quien debia haberme reunido. ¿Por qué me han traído aqui? ¡Me han engañado! ¡Con razón decia yo que Urbano no podia tener un castillo como este!... Hareis que me lleven en seguida adonde esté Urbano, ¿no es verdad?...  
 —No, hermosa niña... yo he sido quien os ha hecho robar, y no permitiré que os aparteis de mi lado.  
 —¿Qué me habeis hecho robar!... ¿Qué habeis dicho?... ¡Urbano se ha batido y se ha salvado; hé aqui por qué he partido en medio de la noche!...  
 —Era necesario deciros eso para que no os resistierais á poneros en camino...  
 —¡Oh! ¡Dios mio! ¡Será verdad!... pero no, fué mi protector... M. Touquet fué el que me hizo subir al coche...  
 —Si, adorada Blanca, nuestro protector, el honrado M. Touquet, ha sido el que ha secundado mis proyectos y os ha abandonado á mi amor.  
 La jóven acababa de comprender la verdad; sus rodillas se doblaron, el rosado de sus mejillas desapareció, y sin arrojar siquiera un grito, iba á caer sin sentido sobre la alfombra... Afortunadamente el marques la recibió en sus brazos, la condujo al lecho y tiró con violencia del cordón de la campanilla. En seguida apareció German.  
 —¡Traedme alguna cosa con que socorrerla!... dijo el marques sumamente

no queria perder de vista á la aldeana ántes de la llegada de su amo, por temor de que Blanca supiera lo que él queria ocultarle.  
 —¿Es para mí para quien se han preparado estos manjares? preguntó Blanca.  
 —Sí, señorita, respondió German; suponía que tendrais apetito. Dispensadme si no os ofrezco nada más que eso... como no estaba prevenido de vuestra llegada.  
 —¿Qué decis!... ¡os burlais sin duda alguna!... ¡aquí hay para que coman diez personas lo ménos!... en casa de M. Touquet no tenia más que una comida muy frugal.  
 Blanca se sentó á la mesa, y German se colocó á cierta distancia, mientras que Maria servia la mesa sin pronunciar una palabra, pero haciendo una reverencia cada vez que servia á la jóven. Todas estas ceremonias molestaban á Blanca, la cual estaba acostumbrada á una vida sencilla y sin lujo. Bien pronto se levantó de la mesa, y manifestó deseos de pasear por el parque. En seguida la condujo German por las galerias á una escalera, al final de la cual se encontraban los jardines. Blanca respiró con más libertad al encontrarse en el jardin que bajo los esculpidos techos del castillo. Despues de pasearse un momento por la orilla del lago, atravesó un pequeño bosque, y bien pronto se halló en un hermoso parque á la inglesa. Al volverse se encontró á German que se hallaba á pocos pasos de ella.  
 —Sin duda teme que me pierda, se dijo la jóven; es tan grande esto, que bien podria suceder que no encontrara luego el camino.  
 Despues de pasearse largo rato, volvió Blanca al castillo, y German la condujo á su departamento, preguntándole á qué hora deseaba cenar.  
 —¡Oh! ¡no tengo hambre, contestó la hermosa jóven, esperaré á que venga y cenaré con él... porque vendrá esta noche, ¿no es verdad?  
 —Creo que sí, respondió el ayuda de cámara inclinándose; despues se alejó, dejando á la hermosa jóven triste y pensativa, porque aquellas palabras «creo que sí,» no la habian dejado completamente satisfecha.  
 Despues se asomó á uno de los balcones que daban sobre el lago, y allí, con los ojos fijos en el horizonte, se abandonó á sus pensamientos, esperando asi la noche que debia reunirla al objeto de su amor.  
 Poco á poco sus ojos fueron distinguiendo ménos, y bien pronto la campiña se vió cubierta bajo una especie de ligera niebla, que fué ocultando todos los objetos á sus miradas: bien pronto disminuyó la perspectiva, hasta

—¡Qué lápida tan llena de letras!  
 —A ver; « D. Juan Cancan, buen padre, buen esposo y excelente ciudadano, teniente alcalde de Madrid condecorado con varias cruces patrióticas, alférez de la sexta compañía del décimo batallón de ligeros de la Victoria, herido gloriosamente el 7 de Julio, individuo de la Junta de salvación y defensa el año 1854, alcalde de barrio en varias épocas, y editor responsable del periódico liberal *La espada de Luchana*, etc. etc. Falleció del tífus á los 60 años, dejando sumidos en el mayor desconsuelo á su esposa, hijos y demas parientes y al partido progresista.»  
 Ese es un progresista muerto prematuramente; ahora sería un personaje.  
 —No lo creas; ahora sería como entonces un pobre hombre; se conoce que era de los progresistas de buena fe.

—Señor, ¿es V. el cura del campo santo?  
 —Sí, señora, ¿qué tiene V. que mandar?  
 —Quiero saber dónde están enterrados aquí los sargentos fusilados el año 66... Entre ellos está mi pobre hijo.  
 —Pobre mujer, ¿para qué quiere V. saber eso?... Recae usted por él aquí en cualquier sitio; sería mucho más doloroso para V. llegar al lugar donde se abrió la fosa.  
 —Mire V., señor, él era bueno, pero le engañaron; le comprometieron, le ofrecieron hacerle no sé qué, y el infeliz...  
 —Pagó culpas ajenas.  
 —Sí, señor, y mientras él pagaba con la vida su extravío, los que le aconsejaron y comprometieron salían tranquilamente de Madrid... ¡Ah! señor, si los soldados y los pobres trabajadores se convencieran de que los señores que los buscan y halagan sólo quieren que les sirvan de escalera y luego los abandonan, no estaríamos tantas madres sin nuestros hijos, no habría habido tantas desgracias.  
 —Tiene V. razón.  
 —Dígame V. el sitio donde estará mi hijo.  
 —Señora, rece V. por su alma inmortal, y no se ocupe usted en saber dónde están sus restos mortales. ¡Pobre madre!  
 —Repara, hombre, repara en esa lápida, y considera qué gran personaje ha perdido el mundo.

—Aquí yace el Excmo. Sr. D. Arturo Fernandez Jimenez Rodriguez Martinez Acuña Sandoval y Menezes, vizconde de la Sarten y marques del Pito, que falleció á los diez meses de edad.  
 —¡Qué ridícula vanidad la de esos padres!  
 —En esta hay versos.  
 —Veamos:  
 « Cuando empezó á disfrutar del fruto de su trabajo, se fué arriba desde abajo... y su mujer no hace más que llorar.»  
 —¡Gran poeta el autor de esos versos! A ver quién es la pobre víctima á quien han disparado ese trabucazo.  
 —D. Frutos Pericon, síndico que fué del gremio de quinquilleros, falleció á los 90 años, dejando una esposa inconsolable, dos hijas casadas y tres casaderas. Su vida fué ejemplar y su muerte tambien.»  
 —*Requiescat in pace, amen.*

—Esta otra sí que debe ser de un personaje.  
 —Ya lo creo.—«El Excmo. é Ilmo. Sr. D. Lucas Barbilla, caballero gran cruz de Isabel la Católica, de Carlos III, de Cristo de Portugal, de Medjidié, de Turquía, de Camehameha, del Elefante blanco, del Camello verde, de la Legion de honor, del Aguila roja, del Sol nublado, etcétera, etc., alférez de infantería retirado, grande de España con el título de duque de la Fuente Castellana, y mayordomo de esta sacramental.»  
 —Parece imposible que un hombre que tenía tantos honores se haya muerto.  
 —Aquí está sepultada una doncella; así lo indican dos palmas entrelazadas que hay en la lápida.  
 —En efecto... «Aquí yace la señorita Doña Brígida Soltería, hija de los marqueses de la Barajilla; falleció á los 89 años, siendo modelo de virtudes.»  
 —Ahí tienes una señorita que no se murió de pena de quedarse soltera.  
 —Cada vez te quiero más, Conchita.  
 —Mira que mamá nos va á oír.  
 —No; está muy entretenida leyendo las lápidas. Estoy muerto por ti.

—Calla, que estamos en un sitio sagrado.  
 —¡Toma! ¿y crees tú que todos los que aquí duermen no dirían lo mismo que yo en vida?  
 —Pero no lo dirían aquí.  
 —¿Quién sabe?...  
 —¡Pobre infeliz!  
 —¿De quién hablas?...  
 —De ese desgraciado que está en ese nicho.  
 —¿Quién es?...  
 —«D. Juan Perez, teniente del regimiento de... Fué fusilado el día... Su inconsolable madre y sus desventurados huérfanos le dedican este recuerdo.» ¡Desdichado!  
 —Ahí tienes un hombre honrado, sacrificado para que viniera la gloriosa y fueran personajes unos cuantos caballeros particulares.  
 —Mira, mamá, qué traje tan elegante trae la de Cepillo.  
 —Hija, yo no sé cómo lo hace, porque Cepillo no tiene más que deudas.  
 —Pues el traje vale lo ménos cuatro mil reales, y los pendientes de brillantes que lleva no le habrán costado ménos de diez mil.  
 —Hija mia, muy mal sienta esa ostentacion para venir á este sitio, donde deben acabar todas las vanidades del mundo. Despreciemos esas riquezas, recemos por los muertos, y pidamos á Dios nos dé virtudes, que son la única riqueza que vale á sus ojos.

**EXPOSICION GENERAL CATALANA.**

III.  
 Una de las galerías de los patios laterales de que nos hemos ocupado en el artículo anterior, está destinada á los productos químicos y farmacéuticos. No podemos pasar por alto esta exposicion, por formarla algunos ramos de industria muy importantes que se van aclimatando ya con muy buen éxito en nuestro pais, á pesar de los muchos desaciertos que se han cometido en las reformas arancelarias. Si en general interesa que la junta de aranceles envíe á Barcelona una comision que estudie los productos expuestos para que, como dijo muy bien la subcomision organizadora, pueda tener conocimiento exacto de la produccion nacional cuando se trate de hacer alguna

que Blanca no distinguió los objetos más que á algunos pasos de sí; entonces experimentó una dulce alegría, y abandonó el balcon, al mismo tiempo que murmuraba:  
 —¡Ya es de noche... pronto vendrá!...  
 —Al cabo de un momento entró German y encendió varias bujías.  
 —Cuando venga, dijo la jóven al ver á German, no dejes de decirle que estoy aquí... que le espero.  
 —Su primer cuidado será venir á veros, señorita, respondió German sonriéndose; en seguida se alejó, despues de haber dicho á Blanca que llamara si deseaba alguna cosa.  
 —Si la imágen de Urbano no hubiera estado sin cesar fija en la imaginacion de Blanca, quizás hubiera experimentado cierto temor al verse sola en medio de la noche, en un sitio que apenas conocia, y en unas habitaciones que le parecían inmensas en comparacion de la que ocupaba en la casa del barbero. Pero el amor es el mejor remedio contra el miedo.  
 Blanca contaba las horas y los minutos; el reló dió las nueve.  
 —Ya no debe tardar, pensó la hermosa niña. ¡Dios quiera que no haya tenido ningun contratiempo! ¡Y M. Touquet que decia que llegaría ántes que yo!...  
 —Y despues de pronunciar estas palabras, dió algunos pasos por la habitacion, se asomó al balcon y se puso á contemplar la luz de la luna que reflejaba en las tranquilas aguas del lago, sorprendiéndola el silencio que reinaba en el castillo, en donde todo parecía entregado al sueño. Aquella tranquilidad no anunciaba la llegada de Urbano. Y Blanca hubiera deseado que en aquel momento hubiera venido cualquier ruido á turbar la tranquilidad de la noche.  
 Al cabo de un momento se dijo Blanca como para consolarse:  
 —Quizás esté muy léjos la entrada del castillo... ¡es todo esto tan grande!... me es imposible saber lo que pasa en la otra parte del edificio.  
 Una hora pasó, y la inquietud y la tristeza se apoderaron de la jóven. Tan pronto se paseaba por su gabinete como se asomaba al balcon, hasta que al fin abrió la puerta de su habitacion y dió algunos pasos por la galería.  
 —La alegría y la esperanza no animaban ya sus hermosos ojos, y casi no podia contener las lágrimas que pugnaban por escaparse de sus pupilas. Despues de dar maquinalmente algunos pasos por la galería, volvió á entrar

en su departamento, y se dejó caer en un sillón, murmurando con voz entrecortada:  
 —¿Qué nueva desgracia le habrá ocurrido?  
 Pero de pronto un ruido violento sucedió al silencio que reinaba en el castillo, Blanca se levantó, escuchó, y le pareció oír el ruido de un carruaje, y de pisadas de caballos. Bien pronto varias puertas se abrieron y otras se cerraron con violencia.  
 —¡El es!... ¡ya está ahí! exclamó la hermosa jóven, al mismo tiempo que se disponía á salir por la galería al encuentro de su amante; pero la galería estaba á oscuras y Blanca no conocía el camino, y temía perderse por aquellas vastas habitaciones, y se decidió por lo tanto á esperar á su amante en su gabinete.  
 Siguió escuchando, pero ya habia cesado el ruido del coche; sin embargo, se oían voces, pasos y puertas que se cerraban y abrían con estrépito.  
 —Alguien ha llegado, pensó Blanca, y nadie puede ser más que él. ¡Por qué no habrá ya venido á verme?  
 En seguida tiró del cordón de la campanilla repetidas veces, pero nadie acudió. Sorprendida al verse abandonada de aquel modo, fué á coger una bujía para salir á la galería, cuando se oyeron pasos precipitados que se dirigian á su habitacion. Entonces corrió hácia la puerta, y se quedó inmóvil de sorpresa al encontrarse delante del desconocido que la noche anterior se habia introducido en su habitacion.  
 El marques se detuvo en el umbral de la puerta, y saludó á Blanca, dirigiéndole al mismo tiempo una mirada llena de ternura y de respeto. Esta apenas volvió de su sorpresa, miró con inquietud hácia la galería, y dijo al marques con voz temblorosa:  
 —¿No ha venido Urbano con vos?  
 Era tan dulce la voz de Blanca, y dejaba comprender de tal modo la inquietud de su alma, que Villebelle se sintió profundamente conmovido, y quizás por la primera vez en su vida sintió remordimientos por la pena que iba á causar á la jóven.  
 Blanca repitió su pregunta con tono suplicante, y el marques respondió, volviendo los ojos para otra parte:  
 —He venido solo...  
 —¡Ah! señor, decidme qué le ha pasado, exclamó Blanca, aproximándose al marques.

alteracion que favorezca al comercio extranjero, muy importante es que dicha comision examine detenidamente las industrias quimicas.

Dejando aparte consideraciones que podrán hacer los lectores de EL CASCABEL al leer estos apuntes, vamos a entrar en materia diciendo que los productos quimicos presentados por D. Ramon Montroig, sostienen la competencia con los que vienen de Marsella, especialmente en el ramo de ácidos sulfúrico, nítrico, clorúbrico, y varias clases de sales de gran aplicacion en la industria. El Sr. Montroig es un industrial que ha figurado dignamente en otras Exposiciones, y tiene ya adquirida una gran clientela.

D. Francisco Grau, hijo del mejor tintorero en seda que ha habido en Barcelona, tiene en Granollers una importante fábrica de productos quimicos, en la cual obtiene algunos, procedentes de la combinacion de varias bases con el ácido piroleñoso que obtiene de la destilacion de la leña.

Más moderno en la fabricacion que los dos anteriores, es el jóven ingeniero industrial D. Eleazar Buigas y Fabra, que ha presentado hermosas cristalizaciones de las varias clases de sales que elabora, y de algunos ácidos minerales que obtiene, de los que hace gran consumo la industria.

Si los reformadores de las tarifas arancelarias de las aduanas, mirando más al bien del pais que a la exigencia de la fabricacion extranjera, no hubieran reducido a tan bajo tipo el derecho de entrada que paga el cremor tártaro, no se veria tan reducida esta fabricacion, que podemos llamar indígena, ya que la primera materia, ó sea el tártaro bruto, procedente de nuestra industria vinícola, se expende al extranjero para devolverlo transformado en cremor tártaro. A pesar de tales desventajas, hay un expositor, D. Bartolomé Pons, que ha expuesto preciosas muestras de cremor tártaro bruto y refinado, procedente de la acreditada fábrica que tiene en el inmediato pueblo de Saur, y de la cual salen anualmente muchos miles de kilogramos que sostienen la competencia extranjera.

Otro tanto sucede con el albayalde que en San Martin de Provensals (Barcelona) elaboran los Sres. D. Joaquín Amigó y Compañía, quienes han expuesto excelentes muestras de carbonato de plomo, que obtienen en grande escala.

Los Sres. Calvet y Muntada tienen de manifiesto la barrilla artificial que fabrican en San Martin de Provensals, y los Sres. Boada y Cortés varios productos quimicos de su especial fabricacion.

Una que se va haciendo muy interesante, es la de barnices, por cuanto hasta ahora se han extraido para proporcionárselos del extranjero, grandes cantidades que deberian haber quedado en el pais. Los Sres. Merly, Serra y Sivilla han establecido la fabricacion de barnices en Barcelona en grande escala; y de todas las variedades que pueden necesitarse, tienen una gran coleccion en la galeria de productos quimicos. Muy antigua es la casa de los Sres. D. Felix y D. Agustín Urgellés para que tengamos que elogiar la disolucion de resina copal en alcohol puro. También ha expuesto barnices D. Angel Casas, de Barcelona, que son dignos de especial mencion.

Como accesorios a los productos quimicos, debemos citar las composiciones para el apresto de hilos y tejidos que han expuesto los Sres. Peña, hermanos y Compañía, que tienen su fábrica en Gracia.

Los productos farmacéuticos que se hallan de manifiesto en la Exposicion que nos ocupa, demuestran que este ramo de produccion se halla ya muy adelantado en Barcelona, donde muchos profesores de farmacia elaboran preparados, que sostienen la competencia con los de París, Londres y Nueva-York, y los envían a todas las principales poblaciones de España y Ultramar.

Merecen citarse, desde luego, los productos fénicos y amoniacales de D. Sebastian Comeleran. Tan general es la aplicacion de los productos a base de ácido fénico, a la curacion de casi todas las enfermedades quirúrgicas, que en el hospital militar de Barcelona se han hecho importantes ensayos con el *fénol-Comeleran*, que es lo que más abunda en el aparador de este inteligente químico, que le han valido certificaciones de los facultativos castrenses, dignas de publicarse, y creemos que lo hará el señor Comeleran. También ha expuesto una coleccion de productos amoniacales obtenidos con las aguas procedentes de las fábricas de gas. Un producto nuevo para la economia doméstica ha expuesto el Sr. Comeleran, la *diamantina*, nombre que dá a unos polvos para limpiar con una prontitud asombrosa toda clase de metales. Los paquetes los presenta con ese *chic* frances que se va generalizando ya en nuestro pais.

Un jóven farmacéutico, el Dr. D. Salvador Andreu, se pinta solo, si se nos permite expresarnos así, en la fabricacion de los mil y un productos que expende en grandes cantidades. El grupo que con ellos ha formado en la Exposicion, es un muestrario completo de todo lo que sale de su laboratorio. Las varias clases de pastillas para la tos, el lustre para planchar, la bencina aromática, la esencia de zarzaparrilla y otros mil objetos, los presenta al público con una propiedad tal, que se hace de ellos un consumo extraordinario.

Muy conocida es la farmacia de la viuda Padró, y muy generalizada está la variedad de medicamentos que en ella se elaboran, para que tengamos que llenar papel detallando la tintura Padró; el vino de quinina, el tricófero, el enolaturó, etc., que tiene en el armario de la Exposicion. Los visitantes, al leer el nombre de este expositor, pronuncian una frase de elogio y continúan su visita. ¿Y cómo no ha de ser así, si la viuda Padró exporta sus productos farmacéuticos para todas las provincias de España y de Ultramar?

Una cajita de reducidas dimensiones llama apénas la atencion de las personas que recorren la galeria de productos quimicos y farmacéuticos. Sin embargo, los profesores de esta facultad la examinan con detencion. Contiene muestras de los extractos medicinales presentados por D. Antonio María Ginesta, farmacéutico de Ripoll, quien mejor que otro alguno prepara dichos extractos con las ricas yerbas medicinales que crecen en los Pirineos, inmediatos a su laboratorio. Muchos envios hace de estos extractos a los depósitos de Barcelona, donde son muy apreciados.

Otros farmacéuticos han presentado productos, entre ellos, D. Francisco Pau y Vilaplana, cuyo establecimiento, conocido por la botica de Tres Palacios, goza en Cataluña de gran nombradía. El farmacéutico D. Francisco Arola es una especialidad para el jarabe de bálsamo yodado y para el aceite de hígado de bacalao; ha presentado también una magnífica coleccion de sus productos. Lo propio han hechos los Sres. D. Ramon Marques y Mota y D. Gonzalo Formiguera y el Dr. Font y Torres, quien ha expuesto varias píldoras y elixires preparados con las yerbas aromáticas medicinales que crecen en la montaña de Monserrat, cuyos elixires y píldoras gozan ya de gran fama en Europa y América.

Dejo para otro dia la continuacion de este trabajo, y pongo punto final al presente artículo.

CAYETANO CORNET Y MAS.

## ¡EN EL SITIO!...

(NOVELA DE VERANO)

ORIGINAL DE...

(Continuacion.)

Un acontecimiento imprevisto debía venir, sin embargo, a aumentar los celos y las sospechas de Patricio, y a poner a prueba la paciencia de su mujer.

Al dia siguiente de la fria entrevista que acabo de copiar, recibió Patricio una carta, cuya letra le era completamente desconocida.

La abrió precipitadamente y miró la firma. No traía ninguna. Era un anónimo.

Patricio lo leyó, dió un grito y luego tres gritos más, lanzó a su mujer una mirada feroz, indescriptible; y cogiendo el sombrero salió a la calle despues de encerrar a Felipa bajo llave.

Felipa se quedó asombrada, pero recogió la carta que Patricio habia arrojado al suelo y leyó lo siguiente.

«Sr. D. Patricio: Una persona que le estima a V., le avisa que vigile mucho a su mujer. El conde del Mirlo, que se dice amigo de V., trata de robarle el cariño de su esposa. El conde vive en la misma casa de V., y sé que ha dicho por ahí que logrará su propósito. Mucho cuidado, discrecion y nada de contemplaciones. El conde visita mucho la casa de su amiga de V. Doña Clara de Campeador que vive en la calle de... núm... porque como V. sabe quiere casarse con su hija Emilia. Allí lo encontrará V. todos los dias. Un amigo verdadero.»

Felipa se estremeció al leer el anónimo, y temiendo un cataclismo por la infamia del Conde y el genio de su marido, se puso a llorar, que era lo único que podía hacer en aquel momento.

Mientras esto ocurría en el cuarto principal de la casa donde se hospedaba Felipa y su esposo, el conde del Mirlo habia salido del segundo leyendo también muy conmovido otro anónimo que acababa de recibir.

El Conde sintió flaquear sus piernas al enterarse del contenido y la carta temblaba en sus manos.

Decia así:

«Conde del Mirlo: El dia de la justicia se aproxima; todos tus crímenes se van a saber y llevarás el castigo que mereces. Yo vengaré la muerte de tu primera mujer Isabel Sanchez y de su desgraciado padre; y te haré purgar la infamia de haber abandonado a tu hija, que hoy vive en la miseria; yo castigaré tu proceder con la pobre Leontina Maubiet, a quien has abandonado robándole su dinero. No habrá compasion. Tiembla, porque todo se sabe y la hora se acerca. No sabrás cuándo ni cómo te alcanzará mi venganza; no me conocerás y estaré a tu lado; en vano será que huyas; en vano que trates de casarte con Emilia. Nada has de lograr; todo se volverá en contra tuya, hasta que mueras tan vilmente como te has portado durante tu vida. Tiembla siempre, pero tiembla más el dia que oigas decir a tu lado la palabra *hierro*, porque será la señal de mi venganza. Ya ves que te aviso, vive prevenido, y, si me quieres creer, no trates de casarte.»

El conde estuvo a punto de caer desmayado.

Por un momento pensó en marcharse de la Granja, abandonando sus proyectos de matrimonio, pero recordando que en el anónimo le decían «en vano será que huyas» comprendió que estaba expuesto a morir lo mismo en un punto que otro.

Empezó a sudar frio, es decir, tuvo sudores frios, vahidos, se le quitó la gana de comer, y apénas pudo dar un paso recelando siempre de todos los que pasaban por su lado.

En este estado entró en un café, y allí le dejaremos meditar en su grave situacion y en la manera de combatir los peligros que le rodean.

XV.

Esto se complica.

—Quien bien te quiera te hará llorar

(Proverbio.)

—La cosa marcha.

(De un conspirador.)

El mismo dia que recibieron los anónimos los dos Patricios, es decir, dos dias despues de nuestro feliz arribo a la Granja y al siguiente de la entrevista nocturna que tuvieron Emilia y Manuel, ese par de pollos enamorados, aunque no del mismo modo, el asendereado autor de esta novelita, (que se ve en la precision de hablar de si mismo porque se trata con los personajes) recibió en su cuarto al simpático Tenerife, que entró despues de almorzar, derribando sillas y dando golpes involuntarios, por complacer a sus indómitos nervios siempre en continua excitacion.

Tenerife traía vendada la mano izquierda.

—Tenia deseo de ver a V., me dijo.

—Hola, ¿qué ocurre?...

—Grandes cosas.

—Pero... no habia reparado... ¿Qué tiene V. en esa mano?

—Nada, un mordisco.

—Ya, vamos; ¿de la perrita?

—No, señor, de mi mujer.

—Cáspita. ¿Se permite su señora de V. esas caricias?

—No lo sabe V. bien. Si viera V. mi cuerpo... Estos mordiscos ya no me hacen efecto. ¡Estoy tan acostumbrado!

(Se continuará.)

## CASCABELES

Los internacionalistas han puesto a Madrid en estado de sitio. En todas las esquinas dicen ¡Alto!

Nos están echando el ¡Quién vive!

Pero, señores, ¿qué se hace con esos pobres restos de los hombres célebres arrancados de sus respectivos sepulcros para traerlos a un panteon nacional, que ni se ha hecho ni lleva trazas de hacerse?

Ahora que está aquí Fernandez de los Rios, el iniciador del pensamiento, debía plantear la cuestion de si se hace al fin ese panteon ó si será mejor devolver a los pueblos donde estaban ántes los restos de esos pobres hombres célebres, caidos despues de tantos años en poder de los progresistas.

Pero, hombre, ¿cuánto hablan los periódicos del Banco de París, defendiéndole y dándole en todo y por todo la razon!

Vamos, que no creí yo que tuviese tantos amigos el Banco de París.

